



Lejos de los ojos, cerca del corazón

Edelcio Mostaço

(Universidade do Estado de Santa Catarina, Brasil)

Un mar inmenso separa a un soldado de su casa, alejado durante muchos años desde que la guerra empezó. Su soledad y angustia lo llevan a recoger un poco de barro y confeccionar una pequeña estatuilla de mujer, posteriormente depositada junto a las otras en colección, a quien él acaricia, habla y reitera su amor, buscando aplacar una ausencia, ilusoriamente convencido de que el barro es carne humana, capaz de escucharlo y también sentirlo.

Este soldado se llama Menelao; su mujer, Helena. La escena forma parte de la *Ilíada*, uno de los relatos fundadores del arte occidental. En una escena actual, el soldado estaría en Iraq; su novia, en Texas y ellos emplearían algún tipo de *messenger* para hacer contacto. Pero, tanto en la inmensidad de la Grecia Arcaica como en los confines del Imperio contemporáneo, las distancias son reales, las carencias y faltas efectivas y todos saben emplear paliativos para intentar sanar una realidad irreversible: la ausencia del otro.

Ausencia que se quiere ser llenada por la presencia, falta que se quiere suprimir a través de la aproximación. Esta parece ser la más elemental conjugación de la fisura que acompaña a los humanos desde tiempos primordiales, separando en pedazos aquello que debería estar unido. Ausencia y presencia son dos instancias que nos acompañan a través de la historia, que están en la base de todos los retornos -incluso los eternos- exponiendo como llaga una herida que no cierra, sea por la fuerza o, deliberadamente, gritando su dolor. Vamos reencontrar siempre estas instancias en todas las representaciones; estos expedientes vicarios los vamos a encontrar a lo largo del tiempo para sustituir lo irremediable, para suplir lo imposible, ilusoriamente impulsados por un ansia que se desea aplacar.

Estar presente es estar aquí, pegado a mí, en el límite del contacto de mi mano, a la vista de mis ojos, supremo deleite, para mi disfrute. En las ausencias, la



memoria, los recuerdos, las sustituciones tratan de llenar los vacíos y, muy probablemente, estas operaciones del espíritu se desarrollan exactamente para esto: condenados como estamos a pérdidas y separaciones, a las continuas ausencias conducidas por la muerte, inventamos dispositivos que apuntan, a pesar de su precariedad, a hacer presente lo que se perdió.

Tales mecanismos tienen especial relieve en el teatro. Al principio, la escena fue un modo de hacer presente lo que estaba ausente, o lo que ocurrió en un tiempo mítico y alejado, no accesible excepto a través de la presentificación de que la escena es capaz. La saga de Dioniso era anualmente expuesta en los cultos de misterio en su honor, pero sólo para una audiencia de devotos e iniciados; dioses y héroes trágicos poblaban la escena en las competiciones de la *polis*, configurando una galería mítica de figuras ya distantes que, ahora reinventadas en los sortilegios de la representación, se convirtieron en actuales y podrían ser, aunque indirectamente, convertidas en presentes.

Memoria, recuerdos y sustituciones configuran planes fundamentales para una persona escindida, funcionando, para el equilibrio del ser humano, como indispensables a su ser en el mundo¹. En la fase actual de la posmodernidad, sin embargo, un barajar complejo de instancias borra estos límites en sus contornos reales. Si está claro el carácter representacional y sustitutivo inherente a la estatuilla de Menelao, no se puede decir lo mismo de la novia vía *webcam*, cuando que ella está allí, en efecto, llorando y lanzando besos; pero, está en el otro lado del mundo, en una zona horaria diferente, vestida con ropa de otra estación y sus lágrimas, cuando se escurren en la pantalla del monitor del soldado, dejaron sus ojos al menos dos minutos antes, retenidas en el tránsito de la nube. Sin embargo, tanto la estatuilla en su materia bruta como el *messenger* en su aparente realidad son, literalmente, presencias equívocas, tan sólo virtuales. Una es barro; la otra, puntos brillantes en una superficie de silicio. Pero corresponden, en el tiempo y en el espacio, a los recursos disponibles, en aquella y en esta época, para aplacar la

¹ Veamos cómo Heidegger examina esta cuestión: "La presencia es un ente en que, siendo, está en juego su propio ser. En la constitución del ser del comprender, el "estar en juego" se evidencia como el ser que se proyecta para el poder-ser más propio. Este poder-ser lo es en virtud de, se presentó como el ser que se proyecta para el poder-ser más propio. Tal poder-ser es en virtud de, donde la presencia es siempre como ella es. En su ser, la presencia ya siempre se conjuga con una posibilidad de sí misma." Ver HEIDEGGER, Martin. *Ser e tempo*. Tradução de Márcia Sá Cavalcante Schuback. Rio de Janeiro. Ed. Vozes-São Francisco, 2008, p. 258.



separación, permitiendo el contacto y restituyendo el afecto permanentemente requerido por la pulsión libidinal.

En ese complejo juego de posibles, en esa contienda entre lo real y lo imaginario, las preguntas abiertas acerca de la presencia en las representaciones evocan situaciones extremadamente amplias, que van desde las dicotomías platónicas en torno de la Verdad y la Apariencia y se extienden hasta las actuales cuestiones implicadas en el código genético: ¿qué conservará de semejante o no el hijo con el padre? Tal complejidad se puede verificar en una variedad de tipologías que implican no sólo los sistemas de conocimiento -la filosofía, la biología, la antropología, la semiótica, el psicoanálisis, dentre otras- como, más significativamente, las distintas disposiciones conductuales de las culturas frente a tales fenómenos, densificando la cantidad de respuestas frente a situaciones similares. Para ser más directo: ¿cómo reaccionar y qué medidas tomar en relación a la representación de la presencia (y, también, de la ausencia, una vez que esta es su irreversible contrapartida)? ¿Interpretarlas o sentirlas?

La primera operación caracteriza las culturas ancladas en el signo, que perciben el mundo como una exterioridad absoluta en relación a la conciencia y así instituyen una separación entre la cosa y el yo. Sin embargo, cuando el signo no es suficiente para asignar sentido al acto o al sentimiento que lo acompaña, prefiere guardar silencio. A la segunda, al revés, no importa tanto el significado del fenómeno, pero su intensidad -el dolor, el amor, la culpa, el remordimiento, la solidaridad, no importa el afecto movilizado- que infunden tanto frente a la presencia cuanto a la ausencia. Existenciales y carnales, tales culturas expresan, sin mediaciones muy complejas, los avatares del cuerpo, superpuestos a cualquier situación.

Tomando estas distintas configuraciones de respuestas, se puede sacar una tipología más amplia de culturas, más idealizada que real, mencionada aquí tan sola para permitir ejemplos y contrastes. Tomemos un pequeño cuadro de sus características más salientes para explotar las diferencias y similitudes que presentan frente a la cuestión de la presencia.



a) La autorreferencia más fuerte en una cultura de sentido es la del pensamiento expresado por la conciencia, mientras la misma dimensión, en una cultura de la presencia, es ocupada por el cuerpo;

b) Si hay privilegio del pensamiento en la primera, ella divide el hombre y el mundo como dos instancias irreductibles una a otra, al tiempo que al mundo, singularmente tomado como *cosa*, le cabe un papel accesorio. Así, subjetividad y sujeto si convierten en instancias centrales, administrando el universo de los sentidos, haciendo que el yo brille plenamente. En la cultura de la presencia, al revés, los cuerpos son parte de una cosmología (fueron creados por una divinidad) y no se perciben como excéntricos al mundo, pero dan cuenta de que están integrados a él. En la primera, las cosas tienen una *cosidad inmanente* y percibida como brutal, salvaje o natural. En la segunda, las cosas, los seres del mundo, dependen del contexto y sus existencias se confunden o comparten la existencia humana. Lo que explica porque los hindúes veneran los bovinos, mientras los occidentales los cazan en espectáculos de rodeo.

c) El conocimiento sólo es considerado legítimo en cuanto producto de un acto de pensamiento inscrito en un orden hermenéutico dado, evalúa el primer modelo cultural. Mientras es la revelación -en sus modalidades epifánicas o de desvelación- la fuente confiable del saber en las culturas de presencia, tomando los signos y señales al pie de la letra, lo que las torna abiertas a aquello que es tomado como irracional por las culturas del primer grupo.

d) A partir de estas diferencias, se abren las distinciones respecto a la evaluación de los signos. Para la cultura de sentido, el signo sigue la clásica distinción de Saussure: el significante es su parte material y el significado su parte espiritual, lo que vuelve a la primera casi siempre marginada, apenas tolerada frente a la segunda, la dorada emanación del saber, pues surge del pensamiento y de la interpretación. Esto abre camino para las grandes abstracciones y sustantivaciones de aquello que es tan sólo materia o, en el mejor de los casos, conjuntos materiales reunidos para conformar abstracciones (el mercado, el arte, la



salud, la agricultura, el urbanismo, etc.) Así se bañan de alguna categorización que les inyeta transcendencia, pero que vele sus naturalezas en cuanto cosas. En una cultura de presencia, al revés, los signos vienen cargados de emanaciones cósmicas y sus diferenciaciones son únicamente instrumentales y ocasionales. El *I Ching* conforma hexagramas finitos, a medida que es consultado, conformados en función de las fuerzas celestes en tránsito en aquel momento. El signo resultante en el juego, en este caso, ya estaba entero antes concebido, cabiéndole al demandante sólo adecuarlo a las circunstancias del momento de las invocaciones.

e) Con esa última operación, los seres humanos no sólo se adaptan a un determinado orden, mayor y eterno, en el que les complace sentirse integrados, lo que hace suprimir la angustia frente a la ausencia, justo como continuación de la presencia. Romper este orden o perturbar su ritmo son operaciones que deben evitarse, aun cuando no sean intencionales, lo que torna todas las transgresiones en graves desvíos que requieren purgación o sanción. En las culturas de sentido, de modo bien distinto, las personas tienden a ver sus realizaciones como continuas y/o innovaciones en relación a lo ya dado; hay amplio incentivo para los cambios y la transformación del mundo para mejor adaptarlo a sus necesidades humanas. Eso es lo que hace el hombre de acción. Sus emprendimientos son tanto más valorados cuanto más acompañados estén de un razonamiento en su base, que abarque el mayor número posible de variables y, complementariamente, de los efectos que deben ser controlados en sus acciones transformativas. Tal actitud está en el sentido mismo de lo que se llama planificación y que guía toda la investigación científica. En sociedades de presencia los hombres, cuando tienen de cambiar algo del mundo o buscan una acción específica, tienden a recurrir a la magia, que es la que tiene el poder de hacer presentes cosas ausentes o ausentes cosas presentes. La magia nunca se presenta ni tampoco es tomada como una invención, apareciendo inscrita, antes, en la lista de los conocimientos herméticos, accesibles a pocos y fruto de recetas secretas o de pociones milagrosas preparadas en el más allá. Sin embargo, es el cuerpo del chamán o del demandante el lugar preferencial para la práctica de la magia. Cerrar el cuerpo es defenderlo de los peligros, bailando en círculos como modo de espantar los malos presagios.

f) Si el orden cósmico se manifiesta en el plano humano en las culturas de presencia; el espacio es su dimensión más intensa, inmediatamente percibida y vivida, más intensamente connotada. En las culturas de sentido, el tiempo constituye esa dimensión, una vez que una ecuación paralógica recoge tiempo y conciencia. La historia, en ese sentido, es una típica disciplina atada al tiempo; así como la filosofía, cuando interroga el ser en sus infinitas ocurrencias de duración. Cambiar el mundo es una operación sorprendida más fuertemente en el tiempo que en el espacio, siendo la carrera de un ejecutivo, por ejemplo, más bien dimensionada a través de su tiempo de experiencia en este o aquel puesto, en otras palabras, su presencia aquí o allá.

g) Modos distintos de operación hacen bifurcar los dos tipos de cultura en relación a la violencia y a la política. En las culturas de presencia, son los cuerpos las fuentes y los escudos empleados en luchas y disputas por comando. En las guerras y batallas cara a cara tienden a ganar preponderancia en cuanto a la defensa o ataque de espacios controlados. En las culturas de sentido, tal violencia de los cuerpos es administrada, desplazándose para un lugar vacío, pero importante: el poder. Los sistemas políticos representativos realizan una síntesis, pero también una estratagema antepuesta a la violencia original, bajo la forma de un imponderable contrato social. Por lo tanto, cuanto más se la pretende guiar por el sentido, más legislativa se vuelve. El contrapunto con este poder son los cuerpos, bajo el formato de invasiones, marchas y mítines, las huelgas, las ocupaciones que continuamente desafían las leyes y reintroducen la presencia violenta en culturas que la desean ver bien lejos, disueltas en la pulida regulación de los sufragios y comités de representantes. En la ciudad de Platón, eran los guardianes-filósofos los encargados de dirigirla y administrarla; y, en nuestros tiempos, abundan también los vínculos entre poder y saber, recordando, una vez más, que aquel que sabe debe ser el líder, porque conoce el sentido de la ley.



h) En una cultura de sentido, el evento está asociado especialmente a la innovación y su valor de sorpresa, lo que justifica las ferias, conferencias, festivales, encuentros y similares, como ocasiones de novedades, oportunidades y sorpresas, muy distintamente de las culturas de presencia, donde tales ocurrencias sirven para reiterar el culto de costumbres y hábitos.²

Esta última condición afecta, en gran medida, al arte y al papel desempeñado por esta en las tipologías de culturas aquí puestas en el foco, especialmente en lo referido a la ficción. Esta es un resultado de sentido, una operación de la conciencia, pues se estructura totalmente sobre la representación, sobre la *re-presentación*. Para que surja, es imprescindible articular una función de juego y reflexividad por parte del que la disfruta, siendo esta primera condición la capacidad de despliegue. Es la razón por la cual su fórmula clásica es aquello de "había una vez" (situando el tiempo) y de "en un reino lejano" (situando el espacio), ambas fórmulas como invocación de algo ausente. En otras palabras, la ficción moviliza una fuerte capacidad de tránsito entre las condiciones simuladas, inventadas o que ya no más existen y las contemporáneas, los tiempos pasados, los presentes y, en varios casos, los futuros, convocando así la capacidad de juego. Se vuelve a invertir, por lo tanto, la condición de presencia a través de una condición enteramente virtual, liminar.

Este mismo procedimiento se encuentra en la base de la más extendida y arraigada creencia de la civilización occidental: el cristianismo. Su teología trabaja en varias ocasiones sobre el principio de velar y develar, estar y desaparecer. Cristo goza de una doble naturaleza, es Dios y también es hombre. Su origen divino fue previamente anunciado en varios lugares remotos, pero sólo tres reyes magos dieron crédito a la noticia. Pasada la adolescencia desaparece, para reaparecer más adelante, ahora imbuido de poderes que nunca antes se habían manifestado. Después de su muerte, fue enterrado, pero desapareció de la tumba durante tres días, dejando a sus pocos seguidores perplejos con su ausencia, pero infinitamente más convencidos de su divinidad. Pinturas y esculturas medievales fijaron este

² La tipología aquí descrita fue sugerida por Hans Ulrich Gumbrecht, pero solo sigue sus puntos centrales, modificando ejemplos y argumentos. Ver su *Produção de presença - o que o sentido não consegue traduzir*. Tradução de Ana Isabel Soares. Rio de Janeiro. Editora Contraponto/PUC Rio, 2010.



instante, *impregnado de virtualidad*, en el momento en que los ojos se dirigen hacia un ataúd vacío³. Estas diversas apariciones y desapariciones forman parte de su epifanía. Exigieron de los cristianos primitivos, sin embargo, unas percepciones más amplias, lo que contribuyó en gran medida para estabilizar entre las poblaciones este necesario juego a la ficción. Hasta que fue instituido, ya al final de la Baja Edad Media, el ritual de la misa, donde una nueva invocación de ese juego de espejos entre ausencia y presencia ganó sus contornos finales: la comunión. En ella se come el cuerpo de la divinidad y se bebe su sangre, lo que la convierte de nuevo en presencia. Dejemos a un lado la matriz antropofágica que sustenta dicho paso (por lo que se vuelve a las cuestiones anteriormente mencionadas, en relación al control de la violencia), para quedarnos tan sólo con sus aspectos eucarísticos. Tomado como el pináculo del ritual del culto al mito, representa el instante en que la divinidad, de naturaleza celestial y presencia en el más allá, nuevamente se encarna en el plano terrestre, distribuido a todos y cada uno bajo la forma de pan y vino.

Son continuas, por lo tanto, las apelaciones a velar y a develar, al aparecer y desaparecer, al estar y al no estar –es decir, su condición de presente/ausente, dándole destaque al fenómeno de la re-presentación de un cuerpo/espíritu. Por lo tanto, Estamos frente a una teología que encontró y extendió ampliamente el juego mental que mantiene la ficción. Ficción que, en sus modelos clásicos, nació en los principios del siglo XVII, época que es, no fortuitamente, la de nacimiento de las bases culturales que engendraron las modernas sociedades europeas, fuertemente sostenidas por la instancia del sentido⁴.

Los grandes arquetipos de narradores invocados por Walter Benjamin son el campesino sedentario y el marinero viajero, dos tipos que acumulan episodios y, especialmente, sienten placer en contar sus aventuras -así como añadir, encadenar,

³ Ver, a este respecto, los interesantes análisis de Georges didi-Huberman. *O que vemos, o que nos olha*. Tradução de Paulo Naves. São Paulo. Editora 34, 1998, p. 40.

⁴ "A partir del siglo XVII, todo el dominio del signo se distribuye entre el cierto y el probable: eso significa que no más sería posible tener signo desconocido, marca emudecida. Pero, sí que sólo hay signo a partir del momento en que se tiene *conocida* la posibilidad de una relación de sustitución entre dos elementos ya conocidos. El signo no espera en silencio la venida de aquel que puede saberlo: el sólo es constituido por un acto de conocimiento. Es aquí que el saber rompe su viejo parentesco con la *divinatio*", como testimonia Michael Foucault, *As palavras e as coisas*. Tradução de Salma Tannus Muchail. São Paulo. Martins Fontes, 1992, p. 74.

disponer, sustraer u multiplicar sus elementos- dando alas a la imaginación, a los propios hechos o a los de otros. Es en consecuencia, el archivo inventivo, por lo tanto, lo que sostiene sus narraciones; es decir, desafían el sentido, lo invierten u modulan, añadiendo sombra donde había certeza, duda donde había creencia, probabilidad donde había orden, volviendo a introducir -aunque sea indirectamente- la presencia donde, efectivamente, sólo hay ausencia.

¿La conclusión es paradójica? No hay duda. La paradoja, así como otras operaciones de razonamiento y de lenguaje relacionadas, sólo es posible cuando existe la lógica, esta aguda censora del universo del sentido.

c2emo@udesc.br

ABSTRACT:

The article speculates about the differences between presence cultures and meaning cultures, describing the former as attached to certain cosmological frames and the latter, as characterized by the division of the self which leads to the separation of the world. It highlights the role of Christianity as a mental preparation for the advent of the fiction regime on Western cultures, emphasizing the presence through the absence.

Palabras clave: Presencia, Representación, Signo, Ausencia, Arte.

Keywords: Presence, Representation, Sign, Absence, Art.